

TEATRO

El vértigo del tedio

VERANEANTES ★★★★★

Texto y dirección: Miguel del Arco, a partir de la obra de Máximo Gorki.
Escenografía: Eduardo Moreno.
Iluminación: Juanjo Llorens.
Música: Arnau Vila. **Vestuario:** Ana López. **Intérpretes:** Bárbara Lennie, Israel Elejalde, Miriam Montilla, Raúl Prieto, Miquel Fernández, Lidia Otón, Manuela Paso, Elisabet Gelabert, Cristóbal Suárez, Chema Muñoz y Ernesto Arias. **Lugar:** Teatro de la Abadía. Madrid

JUAN IGNACIO GARCÍA GARZÓN

Los personajes que Máximo Gorki envió a veranear en 1904 consumían su tedio chejoviano y sus insatisfacciones sociales y personales en un estío que parecía no tener fin, esperando un cambio cuyos perfiles no terminaban de definirse, aunque los vientos de una revolución en ciernes turbaban la placidez de las cortinas de la casa de campo donde se agitaba aquel microuniverso. El tedio de los veraneantes de Miguel del Arco es vertiginoso y corrosivo, no tienen tiempo para sutilezas, ni fe en cambio alguno, aunque tampoco energía para llevarlo a cabo. Su brújula es la incertidumbre y un furioso deseo por alcanzar algo incierto que llaman felicidad. Las inquietudes de unos y otros son semejantes a un siglo de distancia, las mismas preguntas no han obtenido respuestas pese a todas las conmociones ideológicas y políticas, y el progreso, ese concepto utópico, lleva hoy la máscara del consumismo y se ha convertido en una carrera interminable hacia ningún sitio, mientras continúan las desigualdades, la injusticia y la intolerancia. Solo han aumentado los arsenales de cinismo.

En una aproximación libérrima al texto de Gorki, Del Arco ha reescrito la partitura entera, insufiéndole el estilo nervioso de «La función por hacer», su aplaudida revisión de «Seis personajes en busca de autor», y utilizando el sarcasmo como condimento esencial. Los Basov, Bárbara Mijailovna, Suslov, Olga Alexeevna, Vlas Mijailovich, María Lvovna, Dudakov o Julia Filipovna del original llevan ahora los nombres de los actores que los interpretan. Sí coinciden, caprichos del cetero azar, la Bárbara (Mijailovna) de Gorki con la Bárbara (Lennie) de Del Arco, el personaje que es la clave de la bóveda de esta obra, una mujer casada cuyo malestar existencial, cocinado a fuego lento, marca soterradamente el tiempo de la función. Su explosión final, como la de Nora en «Casa de muñecas», es el único anuncio de que algo puede cambiar, aunque la rúbrica impúdica que pone Ernesto, el escritor de éxito, subraya la intrascendencia de cualquier decisión.

La fauna contemporánea que re-



Israel Elejalde y Bárbara Lennie, en una escena de «Veraneantes»

ABC

úne Del Arco en un indeterminado lugar tal vez mediterráneo incluye también a un político en alza, un constructor y un músico sensible, con sus respectivas esposas (la mencionada Bárbara, una ninfómana y una sacerdotisa de las causas sociales), un empresario prejubilado, un joven tarambana que enarbola su nihilismo crítico como patente de corso, una acérrima de la espiritualidad y una amiga convertida en casi ama de llaves; once personajes vinculados por lazos familiares o de amistad. Eduardo Moreno ha concebido un funcional y minimalista espacio cuadrangular de madera que con leves cambios puede ser porche o playa, donde transcurren los cuatro actos de la obra, según la estructura de Gorki que el director ha respetado. El público flanquea los cuatro lados de ese espacio, muy cerca de los intérpretes, de sus respiraciones y agitaciones. Una gran lona que los actores alzan al comienzo de la representación, y que al final se desploma literalmente sobre las cabezas de los personajes,

Texto
Del Arco ha dispuesto un enjambre de diálogos cáusticos, afilados, vibrantes de intención, en el que se enhebran los argumentos políticos, sentimentales y vitales

es un cielo en el que la luz reverbera o se refleja, a veces cegadoramente, en un gran trabajo del iluminador Juanjo Llorens,

Del Arco ha dispuesto un enjambre de diálogos cáusticos, afilados, vibrantes de intención, en el que se enhebran los argumentos políticos, sentimentales, vitales de esos seres desocupados, con la imperiosa exigencia de divertirse desesperadamente, que para eso es verano. Así, juegan a despellejarse, bailan (estupenda la coreografía de Carlota Ferrer), cantan, hacen el amor, discuten con virulencia, ensayan un simulacro de vida... En una puesta en escena de tan gran exigencia física y emocional, todos los actores realizan un trabajo magnífico y es difícil destacar solo a alguno. ¿Cómo resaltar sobre las demás interpretaciones la digna integridad desencantada de Bárbara Lennie, el rencor enquistado de la amiga / criada que encarna Miriam Montilla, la prepotencia del depredador político Israel Elejalde, la impostada adolescencia insolente de Miquel Fernández, el misticismo chic de Lidia Otón, la tenacidad iluminada de Manuela Paso, el patetismo del «artista íntegro» Cristóbal Suárez, la lujuria angustiada de Elisabet Gelabert, la arrogancia rabiosa del constructor hecho a sí mismo Raúl Prieto, el cinismo procaz del otrora escritor comprometido Ernesto Arias o el ánimo acomodaticio del millonario que está de vuelta de todo interpretado por Chema Muñoz? Solo un consejo: no se lo pierdan.